

III. LO QUE PUDO CAVILAR ZACARÍAS DURANTE LOS PRIMEROS SEIS MESES EN QUE NO PUDO HABLAR

Sumario

El *m^ešthā*.- La heterogeneidad originaria de la promesa de que vendría el *m^ešthā*.- Iba a ser, eso sí, la cuarta noche más importante de la historia.- Las cuatro llaves que se reserva Dios para guiarnos hacia la noche última de la pascua y la reinterpretación targúmica del pecado.- Lo que tiene de aristotélica la ley de Moisés.

El m^ešthā

Cuando Zacarías salió de la habitación donde estaba el altar del incienso, en el templo, no sólo había enmudecido, sino que debía tener tal cara –demudado, supongo que iría- que todo el mundo comprendió que le había ocurrido algo grave. ^{Lc 1,21}*La gente había estado aguardando a Zacarías y había acabado por extrañarse de que se demorara tanto en el santuario.* Y ahora se encontraban con que que, cuando salió, ²²*no podía hablarles.* Eso sí: por las señas que les hizo, *se dieron cuenta de que había tenido una visión* y, supongo, cada cual se volvió a su casa perplejo y, desde luego, no pocos de ellos lo contaron.

En cuanto a Zacarías, ^{Lc 1,23}*cuando se cumplieron los días del servicio sagrado que le había correspondido prestar, se volvió a su casa y, ²⁴después de esos días, Isabel, su mujer, concibió un hijo y, con ello, lo más probable es que dejara aún más atónito al marido, quien, sin embargo, no sólo siguió mudo, sino que, probablemente, se avergonzó de haber dudado de la palabra de Gabriel.*

Debió quedarse perplejo, primero, cuando sintió el deseo –olvidado a lo que parece hacía años- de unirse carnalmente a su mujer. Probablemente, ella también se sorprendió en ese momento.

¿Le había explicado Zacarías lo sucedido? ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Por escrito? ¿Sabría ella leer? No era corriente.

¿Por medio de gestos? Algunas cosas sí; pero ya me dirán cómo pudo explicarle que iba a dejarla embarazada.

Me pega más que le diera a entender, como pudiese, lo más importante, que estaba mudo porque se le había aparecido un ángel y que se le había presentado como *Gabriel*. Las mujeres judías no solían ir a la sinagoga. Pero eso no quiere decir que no supieran lo que sabían los varones o más. Precisamente, algunos varones argüían, para que las mujeres no fueran a las sinagogas, que es que ellas no lo necesitaban, pero porque andaban ya sobradas de sabiduría.

Por tanto, debió pensar en lo ocurrido y –quizá- se las fueron arreglando los dos para que Zacarías le explicara –poco más que con gestos, porque seguía mudo- los demás detalles de la conversación con Gabriel.

Y, en esa conversación, el ángel le había dicho todo lo que hemos visto que llevaría a cabo ese hijo que iban a engendrar y que lo haría todo ^{Lc 1,17}“a fin de preparar para el señor un pueblo bien dispuesto.

¿Para qué *señor*? ¿Para Elohim, sin más? La frase podía invitar a pensar así y también podía inducir a pensar que se trataba de alguien que *iba a venir*.

Pues bien, si Zacarías consiguió expresar de algún modo a su esposa esa parte del anuncio de Gabriel –y que el ángel era Gabriel-, para mí que debió ser Isabel la que cayó en que podía referirse al *m^ešthā*. Es verosímil que hubiera oído leer o comentar lo que vimos se lee en el libro de *Daniel*, allí donde se dice que Gabriel –precisamente Gabriel- explicó al profeta que iba a venir un *príncipe ungido*. En el peor de los casos, habría oído hablar mil veces de eso, de la venida de un liberador. Sólo que –ella misma, igual que todos los demás- no decía que fuera a venir un *príncipe ungido*, sino *el mesías*, sin más.

Hacia siglos que se hablaba entre los judíos de ese *m^ešthā* que iba a venir y, para cuando Gabriel se apareció a Zacarías, se había convertido esa espera en verdadera expectación y en anhelo. Los israelíes llevaban medio siglo sometidos a los romanos, con un rey extranjero por medio –un tal Herodes- y no pocos de ellos, incluso entre la gente común, aguardaban con impaciencia que llegara ese *príncipe ungido* que iba a sacarles las castañas del fuego de una vez por todas.

Que no hubieran parado mientes –todo lo necesario- en la parte final de la profecía de Daniel (allí donde se decía, por boca de Gabriel mismo, que *el ungido sería cortado y nada habría para él*, y *asolado* Israel) se puede comprender, de una parte, por la propia necesidad de tener *esperanza* en la liberación del yugo que les habían puesto los romanos por mediación de Herodes y, además, porque había más textos de la Biblia, donde se decían más cosas, que los entendidos habían relacionado con la profecía de Daniel.

Los habían relacionado hasta el punto de unirlos a una palabra -*m^ešthā*- que, en verdad, no habían empleado los redactores de la Biblia.

Gabriel tampoco la empleó en lo que dijo a Zacarías. Pero ahora se comprende que es que no hacía falta. El arameo *m^ešthā* correspondía al hebreo *māšī^ah* (sustantivo) y *māšū^ah*, participio del verbo *mšh*, “ungir”, que –en este caso, sí- aparecía en la Biblia, con frecuencia, en la forma *m^ešī^ah Yhwh*, “ungido de Yhwh”.

Aparecía sin embargo para designar a reyes y, por excepción, a algún sacerdote o profeta.

Cabe argüir que para referirse al que la gente había dado en llamar *m^ešthā*, en arameo –aquel “príncipe ungido” anunciado a Daniel-, hubiera sido más correcto recurrir al hebreo *hammāšī^ah*, de haberse adelantado a mencionarlo con un solo nombre en la propia Biblia. Pero tampoco se usaba esa palabra -*hammāšī^ah*- en los textos que luego se llamarían *mesiánicos*. En realidad, en las escrituras, no se recurría a ninguna expresión concreta para hablar de aquella persona cuya venida se aguardaba, sino a varias y no poco distintas. Fue el uso de los arameoparlantes el que hizo la labor de dar un solo nombre a las profecías que aparecían dispersas con diferentes formas léxicas, al menos desde la frase de *Isaías* en la que se anunciaba que ^{Is 9,6}*es nacido un niño, un hijo*

nos es dado, y el dominio será sobre su hombro y se llamará su nombre admirable, consejero, Dios fuerte, padre de eternidad, príncipe de paz.

Ahora bien, en el *targum* que se escuchaba en las sinagogas de Palestina en los tiempos de Zacarías, se habían introducido no pocas referencias explícitas al que, ahora sí, se daba el nombre de *rey mesías* (“*malkā m^ešihā*”, en arameo), con esas palabras las más de las veces, de manera que, entonces sí, pudo decirse que los textos mesiánicos (y bastantes otros que no lo eran o no lo parecían hasta entonces) dieron plena unidad al anuncio del *príncipe ungido*ⁱ.

Y, en ellos, a pesar del escolio de la profecía de Daniel –la de que terminarían por *cortarlo*-, se daba por supuesto que el *malkā m^ešihā* iba a ser el gobernante definitivo, y eso porque Isaías había sentenciado también que el *trono* y el *reino de David* no acabarían nunca y, además, aumentarían sin cesar. (Había dicho concretamente que ^{Is} ^{9,7}el *dominio* y la *paz* *aumentarían* de tal forma *sobre el trono de David* y *sobre su reino*, que *no habría fin* para ese *incremento*, *para establecerlo* y *para sostenerlo con justicia* y *con rectitud desde ahora* y *hasta siempre*, y que sería el *celo de Yhwh* de los *ejércitos* el que *haría eso*.)

Y a la justicia, a la progenie de David y a su carácter regio, precisamente, se hacía referencia en el libro de *Jeremías* allí donde se lee esta ^{Jer 23,5} *declaración de Yhwh*, que los *m^eturg^eman* aclararon aún más, por si hacía falta:

ⁱ *Vid.* la recopilación de esos pasajes y la valoración de su alcance exegético y teológico que hace Domingo Muñoz León, “La esperanza de Israel: Perspectivas de la espera mesiánica en los *targumim* palestinenses del Pentateuco”, en *La esperanza en la Biblia: XXX Semana Bíblica Española*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1972, pág. 49-91.

Biblia hebrea

Jer 23,5 Levantaré a David un retoño justo y reinará un rey y será prudente y hará juicio y justicia en la tierra.

⁶En sus días, será salvo Judá e Israel vivirá con seguridad y éste [será] su nombre, que lo llamará Yhwh: *Nuestra justicia*.

De la difusión de la espera, da idea el hecho de que los judíos desperdigados por el Mediterráneo y otras partes ya hubieran transliterado la palabra aramea al alfabeto griego y dijeran *mesías* (y es probable que *khristós*, que era la expresión más adecuada en esa lengua –en la versión *koiné* que hablaban las más diversas gentes del entorno mediterráneo- para decir “ungido”). *Khristós* había sido empleada, de facto, en algunos de los pasajes que ya se consideraban *mesiánicos* cuando se hizo la traducción al griego que llevaron a cabo aquellos *LXX* sabios –entendidos en griego y en hebreo- que tradujeron la Biblia más de doscientos años antes de que naciera Jesucristo.

En la versión hebrea del libro de *Ezequiel*, se daba idea cabal de lo que los judíos podían esperar de esa promesa:

Eze 34,23 Y pondré sobre ellos un pastor y mi siervo David los pastoreará; él los pastoreará y él será para ellas por pastor

²⁴y yo Yhwh seré para ellos por Dios, y mi siervo David, príncipe entre ellos. Yo, Yhwh, he hablado.

²⁵Y cortaré con ellos pacto de paz y suprimiré [toda] mala fiera de la tierra y habitarán en el desierto con seguridad y dormirán en los bosques

²⁶y [les] daré bendición a ellos y [a los] alrededores de mi colina y haré descender la lluvia en su tiempo; habrá lluvias de bendición

²⁷y dará su fruto [el] árbol del campo y la tierra dará su cosecha y estarán en su tierra en seguridad y sabrán que [soy] yo, Yhwh, cuando rompa [las] correas de su yugo y los libre de mano de los que los esclavizan,

²⁸y no serán más botín para las naciones y no los devorará fiera [alguna] de la tierra y habitarán con seguridad y no habrá espanto

²⁹y les proveeré [de un] plantío de fama y no serán más víctimas de hambre en la tierra y no soportarán más burla [alguna] de las naciones

³⁰y sabrán que yo, Yhwh, su Dios, con ellos, y ellos, mi pueblo, casa de Israel: Declaración de Yhwh señor.

Y más adelante:

Eze 37,24 Y mi siervo David [será] rey sobre ellos; habrá un pastor para todos ellos y andarán en mis leyes y guardarán mis decretos y los cumplirán.

targum de Jeremías

Jer 23,5 Levantaré a David un *ungido* justo y reinará un rey y será prudente y hará juicio *verdadero* y justicia en la tierra.

⁶En sus días, será[n] salvo[s] *los de la casa de* Judá e Israel vivirá con seguridad y éste [será] su nombre, que lo llamará[n]: *Se nos hará justicia por parte del señor en sus días*.

Esperaban que se tratara, por tanto, de un reinado terreno, temporal, histórico, que llegaría al fin de los tiempos y, sólo entonces, se trocaría en un reinado escatológico, que ya sería el de Elohim.

La heterogeneidad originaria de la promesa de que vendría el m^ešihā

Que era eso –un reinado perenne- lo que esperaban en los días en que Gabriel se apareció a Zacarías, lo deja ver con claridad el modo en que los redactores del *targum* que se escuchaba por entonces en las sinagogas de Palestina habían transformado –y no sólo glosado ni únicamente matizado- una frase del *Génesis* que cortaba literalmente el relato de una de las bendiciones de Jacob (concretamente, la que dio a Dan, que era uno de sus hijos). Se trataba de una interpolación, que algunos considerarían incluso enigmática y que dio lugar a cavilacionesⁱ. Podía ser anterior o posterior pero también cabía que fuera de la misma época en que se había redactado ese relato, y eso porque consistía, sencillamente, en una jaculatoria insertada en medio de la resma de bendiciones que impartía el patriarca. Decía simplemente:

Gn 49,18⁴⁴ “Por tu salvación espero, Yhwh”.

Pues bien, los *m^eturg^eman* habían trocado por completo ese estico de la Biblia hebrea y lo habían convertido en toda una explicación de lo perenne del reinado de Elohim, entendido, no obstante, como reinado del *m^ešihā*:

ⁱ En este sentido, y con alusión a algunas interpretaciones concretas, Eugene H. Maly, “Génesis”, en *Comentario bíblico “San Jerónimo”*, I, I, 2:183 (pág. 154).

Biblia hebrea	targum Neofiti	targum Óngelos
<p>Gn 49,18 Por tu salvación espero, Yhwh.</p>	<p>Gn 49,18 Dijo nuestro padre Jacob: “Mi alma no espera la redención de Gedeón, hijo de Joás, que es redención de momento; ni espera mi alma la redención de Sansón, hijo de Manoah, pues es redención pasajera, sino [que] mi alma espera su redención[, la] que dijiste ha de venir a tu pueblo: a ti, a tu redención espera, Yhwh”.</p>	<p>Gn 49,18 Dijo nuestro padre Jacob: “Tu salvación espero, Yhwh. No espero la redención de Gedeón, hijo de Joás, que es una salvación temporal; ni la salvación de Sansón, hijo de Manué, que es una salud pasajera, sino que espero la salvación del mesías hijo de David, que vendrá para acercarse a sí a los hijos de Israel. Tal redención espera mi alma”.</p>

Hay que reconocer también –no cabe duda– que, en ese desarrollo targúmicoⁱ –y en el conjunto de las referencias que había en la Biblia hebrea y en el propio *targum* de aquellos días a la redención que llevaría a cabo el *m^ešīhā-*, no se pasaba de afirmar que sería el suyo un reinado perenne.

No se decía de qué tipo sería ese reinado, ni qué medios emplearía para imponer su autoridad. Y, en no pocos pasajes de la Biblia, de lo que se hablaba era de una victoria que se diría militar, en tanto que, en otros, sólo se hacía referencia al triunfo del mesías o simplemente de Elohim, sin másⁱⁱ.

En realidad, digamos de una vez que, entre los sacerdotes y la gente común, no sólo habían dado unidad léxica, sino coherencia conceptual a un conjunto de afirmaciones de la Biblia enormemente heterogéneas y, alguna vez, contradictorias. La verdad es que no podía estar más confuso. La esperanza venía de siglos y casi nunca había hablado nadie de algo parejo a una *descripción* de la persona cuya venida se aguardaba; la mayoría de las frases bíblicas que se traían a colación eran meros anuncios de que vendría un varón que *salvaría* o *liberaría* a Israel. Y lo de menos es que no se le diera nombre propio, fuera de alguna ocasión en que se le llamaba *Emmanuel* (“Dios con nosotros”, en hebreo) y otras más en las que, al menos, se le presentaba como descendiente del rey David. Lo principal es que las diversas descripciones de cada situación concreta en que se hacía presente no podían ser más desaparejadas.

Emmanuel era un niño y, en diversos lugares, se hacía referencia a su nacimiento y a una *‘almāh* que lo daría a luz y que podía traducirse por “virgen”; aunque también cabía

ⁱ Que tomo de Domingo Muñoz, “La esperanza de Israel...”, 83, donde se hace también la reflexión que sigue sobre la naturaleza de la redención mesiánica (*ibidem*, 83-85).

ⁱⁱ Detalle de lugares concretos de la Biblia donde se dan esas divergencias y las que se enumeran a continuación –entre otras más–, así como la referencia los problemas que plantea el conocimiento del comienzo y de la evolución de la espera del *mesías*, en el notable y breve estado de la cuestión de Jan T. Nelis y André Lacocque, “mesianismo” y “Mesías”, en *Diccionario enciclopédico de la Biblia*, 999-1005.

entender “muchacha” y recordar que, para hablar de una mujer *virgen*, en la Biblia se usaba alguna vez el término *b^etûlāh*, que era distinto, ya se ve.

Otras veces, se trataba de un *rey*; otras, de un *príncipe*. Alguna vez, se empleaba la palabra hebrea correspondiente a este último concepto –el de *príncipe*- con la intención –aparente al menos- de evitar la palabra correspondiente a *rey*.

Pero es que, en otras ocasiones, de quien se hablaba era de alguien que iba a cumplir una función *sacerdotal*.

Y, en otras más, se hablaba de un *profeta*.

Por excepción, había lugares de la Biblia donde el que habían dado en llamar *m^ešihā* parecía revestido de un carácter divino. En la mayoría, no.

Casi siempre, su tarea se presentaba como definitiva. Pero no faltaban ocasiones en que se anunciaban, para el *m^ešihā*, verdaderas desgracias y llamaban la atención, sobre todo, las referencias al *siervo de Yhwh* que sufriría hasta que lo desfigurasen. Eso además de que, al interpretarle a Daniel aquella visión de que antes hablábamos, Gabriel se había explayado sobre lo que ocurriría después de que *fuera cortado* el *m^ešihā* y, en una frase un tanto críptica (aunque lo sea por el empeño en traducir literalmente a una lengua romance una sentencia escrita en hebreo), había añadido que –supongo que aquel pueblo que guerrearía con Israel y asolaría todo- ^{Dan 9,27} *confirmaría un pacto con muchos por una semana; pero, a mitad de la semana, pondría fin a todo sacrificio y ofrenda y, en la cúspide de las abominaciones, sería o pondría también un asolador*ⁱ.

La coherencia que existía, por tanto, en la figura del *m^ešihā* que se esperaba en los tiempos de Zacarías no procedía de la Biblia, sino de la combinación entre la capacidad simplificadora –en el mejor de los sentidos: el de aunadora- de la gente común y el deseo de los sacerdotes que enseñaban en las sinagogas de evitar reflexiones que pudieran llamar a engaño.

Por lo pronto, dejaban en suspenso cualquier indagación sobre lo que ocurriría una vez consumado el final de los tiempos y, para eso, nada mejor que permitir que se pusiera el énfasis en la espera en un *rey* que, con las armas si llegaba a ser necesario, liberase por siempre jamás al pueblo elegido. Y la razón para que no se arriesgaran a más era muy fácil de entender: no estaba nada claro tampoco lo que podríamos llamar el *status* humano que iba a tener el *m^ešihā*. Claramente, se trataba de un varón singular. Pero esa singularidad rayaba en la contradicción y, al final, podía haber quien entendiera que el *m^ešihā* sería una persona –de alguna forma- divina, o sea un *varón* de naturaleza *divina*. Y, por ese camino, no se abocaba solamente al antropomorfismo que se intentaba rechazar a toda costa a la hora de imaginarse a Dios, sino al politeísmo, aunque fuese por medio de la creencia en una especie de *demiurgo* –lo llamarían, en su caso, los judíos de la *koiné*:- una especie de *semidiós*, subordinado desde luego a Elohim.

ⁱ Vid. Tim Meadowcroft, “Exploring the dismal swamp: The identity of the anointed one in Daniel 9:24-27”, *Journal of Biblical literature*, núm. 120 (2001), 429-449. También, Paul L. Reddith, “Daniel 9: Its structure and meaning”, *Catholic Biblical quarterly*, núm. 62 (2000), 236-249. Asimismo, Geoffrey D. Dunn, “Tertullian and Daniel 9:24-27: A Patristic interpretation of a prophetic time-frame”, *Zeitschrift für antikes Christentum*, núm. 6 (2002), 352-367..

Era mejor, por tanto, no ahondar en el asunto. Era más sencillo esperar acontecimientos, que hablarían, sin duda, por sí mismos, para lo cual lo más conveniente era insistir en la inminencia de la venida del *m^ešihā* (siempre, claro es, que tuvieran motivos para pensar que verdaderamente iba a venir, y sin tardanza). No se trataba, por supuesto, de mentir a la gente, sino de que cundiera la certeza que había cundido entre ellos mismos –los sacerdotes de Elohim- de que, por fin, iba a llegar la cuarta noche más importante de la historia.

Y la verdad es que afirmaban incluso dónde iba a nacer. Lo había anunciado el profeta Miqueas por los mismos días en que Isaías anunciaba otras cosas:

Miq 5.²Y tú, Belén Efratá, [un] ser pequeño entre [los] millares de Judá, de ti saldrá para mí, para ser gobernante en Israel, y sus orígenes [se cuentan] desde antes [de todo, o sea] desde [antes de los] días de [la] antigüedad.

David era hijo de Jesé, que era efrateo oriundo de Belén; en consecuencia, hablar de Belén Efratá como lugar de nacimiento del *príncipe* a quien se refería Miqueas era tanto como insistir en que descendería de Davidⁱ. Hay que decir, de todas formas, que, en la versión de *los LXX*, sólo se nombraba Efratá y que eso podría inducir a pensar que la referencia a Belén fue añadida después. Es posible que, en la versión que corría hasta entonces, dijera *bêt 'efrātāh*, o sea “casa de Efratá”, y se les ocurriera retocar la primera palabra. Pero no hay que asustarse: Belén había sido ocupada tiempo atrás por los efrateos –un clan de la tribu de Judá- y se le solía llamar, en efecto, Belén Efratá (vaya usted a saber por qué: si el nombre procedía de la raíz *'ēfer* -que era la forma de señalar con el dedo la “tierra polvorosa y poco fértil”-, podía ser un topónimo desde el principio, igual que podía serlo si procedía, por el contrario, de la raíz *frh*, “dar fruto”; sólo que ya se ve que no es lo mismo ser polvoroso y poco fértil que dar fruto y, si a eso añadimos que la tribu de Caleb debió andar por Belén y que la esposa de Caleb se llamaba Efratá, podríamos sumarnos a los que ven en ello un detalle poético que debió tener el propio Caleb o su gente –los calebíos- con su esposa y su pueblo.)

Rogamos que no se nos pregunte por qué se llamaba Efratá la buena mujer, si por *'ēfer* o por *frh*, o sea por polvorosa o por fructífera. Baste saber que David tomó luego por esposa a Abigail, que era viuda de un calebí, y que, de esa manera, todo el asunto queda en casaⁱⁱ.

En cuanto a la afirmación de que, además, los *orígenes* del *m^ešihā* se remontaban a lo anterior a todos los orígenes, contados incluso los días más antiguos, era ya el no-va-más: añadía un elemento que estaba ausente del resto de las profecías mesiánicas y que, sin caer en una alusión al posible carácter divino del que iba a nacer, ponía de relieve el

ⁱ Sobre esto y lo que sigue, Philip J. King, “Miqueas”, en *Comentario bíblico “San Jerónimo”*, cit. supra, I, I, párr. 17:23 (= pág. 762-763), y Michel du Buit, “Efratá”, en *Diccionario enciclopédico de la Biblia*, cit. supra, pág. 481.

ⁱⁱ Vid. eso y bastantes más detalles de los problemas que plantea la identidad del personaje (o personajes) que menciona la Biblia con ese nombre, en Mark J. Fretz y Raaphael I. Paritz, “Caleb”, en *The Anchor Bible Dictionary*, cit. supra, I, 808-810, y Joseph Auneau, “Caleb”, en *Diccionario enciclopédico de la Biblia*, 264-265.

insólito alcance que, en los designios de Elohim, tenía el acontecimiento que esperaba todo el pueblo judíoⁱ.

Realmente, iba a ser un momento trascendental en la historia del mundo: por lo menos, el cuarto de mayor trascendencia, ya lo hemos dicho. Y el último de los más trascendentes. Por lo tanto, el definitivo.

Iba a ser, eso sí, la cuarta noche más importante de la historia

Dije la cuarta noche de la historia porque los redactores del *targum* palestino habían convertido la referencia que aparecía en el libro del *Exilio* a la noche en que se preparó la huida de Egipto –como noche que todo israelí debía conmemorar en adelante, cada año, de generación en generación- en lo que vino a convertirse en una suerte de poema de *las cuatro noches*: las cuatro noches fundamentales de la historia:

ⁱ En cambio, King, “Miqueas”, *loc. cit. supra*, cree que es una mera remisión al tiempo de David.

Biblia hebrea

Ex 12,42 Noche de vigilia aquélla para Yhwh por sacarlos de tierra de Egipto; la noche ésta, ésta [se debe ofrecer] a Yhwh, [como] vigiliias de todos [los] hijos de Israel por [todas] sus generaciones.

targum Neofiti

Ex 12,42 *Al final de los cuatrocientos años, aquel mismo día, salieron de tierra de Egipto todos los ejércitos de Yhwh liberados. Noche de vigilia aquélla, preparada para la liberación en nombre de Yhwh, en el momento en que hizo salir a los hijos de Israel, liberados, de la tierra de Egipto.*

Pues bien, hay cuatro noches inscritas en el libro de las memorias: la primera noche fue cuando Yhwh se manifestó en el mundo para crearlo. El mundo estaba informe y vacío y las tinieblas de extendían sobre la superficie del abismo y la palabra de Yhwh era luz y brillaba y la llamó primera noche.

La segunda noche, cuando Yhwh se apareció a Abraham anciano de cien años y a Sara, su esposa, de noventa años, a fin de cumplir lo que dice la escritura: “¿Es que Abraham, a los cien años de edad, va a engendrar y su esposa Sara, de noventa años, va a dar a luz un hijo?”. E Isaac tenía treinta y siete años cuando fue ofrecido en el altar; los cielos se inclinaron y bajaron e Isaac vio sus perfecciones y sus ojos se oscurecieron a causa de sus perfecciones y la llamó segunda noche.

La tercera noche fue cuando Yhwh se apareció a los egipcios en medio de la noche y su mano mataba a los primogénitos de Israel para que se cumpliera lo que dice al escritura: “Israel es mi primogénito”. Y la llamó tercera noche.

La cuarta noche: cuando llegue el mundo a su fin para ser redimido, los yugos de hierro serán quebrados y las generaciones malvadas serán aniquiladas y Moisés subirá de en

medio del desierto [y el rey ungido vendrá de lo alto]. Uno caminará a la cabeza del ganado y el otro caminará a la cabeza del ganado y su palabra caminará entre los dos y yo y ellos

caminarán juntos. Es la noche de la pascua para el nombre de Yhwh, noche reservada y fijada para la liberación de todo Israel por sus generaciones.

La frase y *el rey ungido vendrá de lo alto* no aparece en el código *Neofiti*; pero el copista debió de darse cuenta y puso un par de trazos paralelos para advertirlo. Figura, no obstante, en otros manuscritos targúmicos que inducen a pensar que se incluía expresamenteⁱ. Cosa importante; porque, en tal caso, *su palabra* –la que caminaba delante de ambos-, con el posesivo en singular, era *la palabra del rey ungido*.

Llama la atención, en efecto, lo que cumplía a *la palabra* en esa reiterada presencia que se le atribuía en el *targum*: en la primera noche –la de la creación- *la palabra de Yhwh* sería luz y brillaría (de manera que se podía deducir que ella sería la que acabara con el imperio de las tinieblas en el mundo *informe* y *vacío* de que se hablaba al comienzo del *Génesis*); en la última noche, en cambio, *la palabra* caminaría entre Moisés y el rey mesías –según la última versión que he transcrito- cuando llegase el día de redimir el mundo.

La afirmación de que esa cuarta noche fuera *la noche de la pascua para el nombre de Yhwh* tenía un alcance notable, que se entiende mejor si se recuerda que la pascua era ya una fiesta judía y que, probablemente, antes que judía, había sido una celebración que podríamos llamar telúrica: tenía lugar en la transición del invierno a la primavera; procedía, por tanto, de una observación propiamente astronómica y de su coincidencia con los días del año en que las ovejas parían y los pastores trashumantes echaban a andar con los rebaños por delante: abandonaban el desierto, camino de los pastos de tierras de cultivo donde pudieran estivar.

Era, por tanto, una fiesta en la que se podía entrever la estrecha dependencia entre la vida y la entera dinámica del cosmos; una dependencia que daba el mejor fruto que se pudiera desear –precisamente el de la vida- y, al tiempo, marcaba el ritmo del caminar en que consiste la propia vida, y no sólo la humana: en busca, sobre todo, de alimento, o sea de la supervivencia de todo lo vivo.

Se diría que, en suma, era la fiesta de la realidad.

Al vincularla a la huida de Egipto, lo que se vinculaba a la entera dinámica del cosmos ya no era sólo el fruto de la vida y la necesidad de caminar para mantenerla, sino la posibilidad de liberarla de toda servidumbre cuando uno contaba –como contaban aquellos judíos- con la complicidad del ángel del Yhwh.

Ahora bien, esa manera de explicarlo podría inducir a un equívoco principal: la presencia decisiva de la dinámica del cosmos y de la intervención liberadora del ángel de Yhwh, por reales que fuesen, no se referían a una liberación humana –la de un grupo de hombres que se emancipan de otros- semejante a cualquier otra liberación, sino a la

ⁱ Vid. Le Déaut, *Targum du Pentateuque...*, t. II: *Exode et Lévitique*, 96 y 98, de donde tomo el texto del *Éxodo* que transcribo en la versión del *targum Neofiti*. También, Domingo Muñoz, “La esperanza de Israel...”, 67, y, del mismo, *Dios-Palabra: Memrá en los targumim del Pentateuco*, Granada, Editorial-Impronta Santa Rita, 1974, pág. 322 y siguientes.

liberación (concretísima) de la no menos concreta servidumbre en que se hallaban, en Egipto, aquellos que iban a constituirse en pueblo de Yhwh: estaban sometidos como siervos del faraón. Era, en ese sentido, el punto de partida de su historia.

Pero tampoco el punto de partida de una historia que consistiera en liberarse, sin más, sino –también (y para que pudieran liberarse)- en subsistir, concretamente en alimentarse y dar gracias a Dios porque les daba el alimento. Recuérdese que, como en los orígenes de la celebración, la fiesta de la pascua no sólo coincidía con el nacimiento de los corderos, sino que consistía en comer justamente un cordero en una cena que reunía a toda la familia.

Y la historia que comenzaba así –ahora se puede deducir- acabaría en la cuarta noche, la noche que sería a la vez mesiánica y pascual; porque, junto a Moisés, se pondría el rey mesías y llegarían al lugar y al momento en que serían juzgados por Yhwh. Sería, en tal sentido, la pascua de Yhwh, que los haría definitivamente libres y, al tiempo, completamente suyos.

En relación con las creencias judías, este último aspecto implicaba optar sin ambages por la fe en la resurrección personal al final de los tiempos, en el día del juicio; cosa que no se compartía en todas las variantes de la religión hebrea. No es que hubiese entre ellos quienes no creyeran en la vida de ultratumba. Lo que ocurría es que, durante siglos, la habían tenido como un mal -como una suerte de retiro eterno a la *morada de los muertos*, en la que no volvía a verse la luz- y, cuando vivió Zacarías, había algunos grupos que seguían en ello.

Los más, no obstante (y, sobre todo, los sacerdotes que interpretaban la Biblia de manera, digamos, predominante), no lo creían así. La idea de que Yhwh es capaz de todo, incluso de resucitar a los muertos en el sentido más estricto –el de devolverles la vida y, por tanto, sacarlos nuevamente a la luz- y que, además, como es justo, retribuirá a los justos de algún modo, se había ido imponiendo. Fue un proceso lento, que dio un salto definitivo, sin embargo, cuando Antíoco IV Epífanes persiguió a los judíos, más de ciento sesenta años antes de que naciera Jesucristo, y mató a unos cuantos de los más “piadosos”, los llamados –por eso- *asideos* (“jāsîdîm”, en hebreo). Antíoco era de la dinastía llamada *seléucida* –del nombre de un sátrapa que se dio el título de rey a sí mismo, trescientos años antes del encuentro entre Zacarías y el ángel, y se atribuyó buena parte de los territorios que habían sido de Alejandro Magno- y, como todos los seléucidas, Antíoco era hombre de cultura helenística y se había empeñado en *helenizar* a todos sus súbditos. Los judíos formaban un pueblo de demasiado pequeño para que se preocupara de él. Pero estaban divididos: la mera vigencia de la *koiné* y el hecho de que hubieran olvidado no sólo el hebreo, sino también el arameo, dejaba ver que, por lo pronto, los que vivían fuera de Palestina eran poco menos que gentes de cultura helenística que creían sin embargo en Yhwh. Pero es que, además y sobre todo, entre los aristócratas y los mismísimos sacerdotes jerusalemitas, había cundido la influencia de la cultura griega –que se había adentrado en el templo, por tanto- y había quien quería instalar un gimnasio, por ejemplo, donde la gente fuera in *puđibus naturalis* para hacer algo de ejercicio. De ahí que quienes la rechazaban azuzaran al pueblo menos culto –que no estaba para esos usos y finuras- y lograran provocar una rebelión que

obligó a intervenir a Antíoco y a que perdieran la vida no sabemos cuántos israelíesⁱ. Surgió entonces la idea que hoy expresaríamos con la palabra *martirio* y se impuso definitivamente el criterio que se recogió en los textos apocalípticos de *Isaías* y de *Daniel*.

Is 26,19 Vivirán tus muertos, mi cadáver; se levantarán. Despertad y gritad con alegría, moradores de [l] polvo, pues [el] rocío de [las] mañanas [será] tu rocío; [la] tierra dará [los] cadáveres.

Dan 12,2 Y despertarán muchos de [los] durmientes en [la] tierra de [l] polvo, éstos para [una] vida de perpetuidad y aquéllos para vergüenza, para confusión de [la] perpetuidad.

Las cuatro llaves que se reserva Dios para guiarnos hacia la noche última de la pascua y la reinterpretación targúmica del pecado

No deja de llamar la atención el hecho de que la profecía mesiánica que asimismo se recogió en el libro de *Daniel* pareciera inspirada, en realidad, en la persecución que había llevado a cabo Antíoco y que había incluido la muerte del sumo sacerdote Onías III, miembros de una de las familias aristocráticas judías que estaba, igual que otras, dividida entre los helenizantes y los xenófobos o tradicionalistas o llámelos usted como pueda para que no suene a insulto. Quien fuere el redactor de esos versículos, se diría que había relatado aquella historia real, paso a paso –lo ocurrido ciento setenta años atrás-, pero, en vez de incluir los nombres propios de Antíoco y Onías, había trocado todo en profecía de lo que iba a preceder y suceder al *m^ešihāⁱⁱ* y lo había llevado mucho más lejos.

Por lo pronto, es muy importante subrayar que, de lo que se lee en esos textos de que hablamos, no cabe deducir que la resurrección sea *lo propio* –de la forma de ser de toda persona-, sino que es, caso a caso, consecuencia del poder de Yhwh, que carece de límites.

Cierto que, como digo, hubo quienes siguieron en sus trece, en que eso no era así. Pero, cuando Zacarías, no sólo se había impuesto la doctrina contraria, sino que los *m^eturg^eman* la habían introducido en las versiones de la Biblia que se leían en público en arameo, para que lo entendiera todo el mundo. Y lo habían dejado de manera

ⁱ En realidad, no puede decirse que se conozca bien lo sucedido, ni siquiera algo tan importante como el alcance concreto de la “helenización” que se rechazaba. La versión conocida es únicamente los que los asideos se opusieron a ella. Pero no concuerda con otras fuentes. Se detalla todo esto en el muy útil libro de Edouard Will, *Histoire politique du monde hellénistique, 323-30 av. J.C.*, t. II: *Des avenements d’Antiochos III et de Philippe V a la fin des lagides*, Nancy, s.i., 1967, pág. 275-291 y 310-312. A la inversa, desde el punto de vista judío, debe verse lo que dice Othmar Keel, *Hellenismus und Judentum: Vier Studien zu Daniel 7 und zur Religionsnot unter Antiochus IV*, Friburgo y Gotinga, University y Vandenhoeck & Ruprecht, 2000, xi 147 págs. Una muestra de la continuidad que tendría entre los judíos el recuerdo –completamente ajeno a la realidad- de lo sucedido entonces, en *Història del malvat rei Antíocus: Text narratiu del segle XV*, ed. por Jaume Riera i Sans, Barcelona, Edicions del Mall, 1981, 36 págs.

ⁱⁱ Los datos fundamentales –no la interpretación-, en Louis F. Hartman, “Daniel”, en *Comentario bíblico “San Jerónimo”*, t. II: *Antiguo Testamento*, vol. II, párr. 26:31 (= pág. 318), y Jan T. Nelis y André Lacocque, “Daniel” y “Daniel, libro de”, en *Diccionario enciclopédico de la Biblia*, cit. supra, pág. 402-403 y 403-406.

especialmente clara en un versículo del *Génesis* que, probablemente, recordó Zacarías después de que ocurriera lo que ocurrió –que dejó preñada a su esposa, viejo como era y entrada en años Isabel-; se trataba precisamente de un lugar en que se recordaba que Elohim había hecho fértil a Raquel, una guapa viuda moabí que, no sabemos cuándo, había ido a parar a Belén, conquistó al ricacho Booz, se casaron y le dio un hijo.

Los redactores del *targum* lo habían transformado de tal suerte, que es uno de los casos donde cabe pensar que recogieron una tradición exegética desarrollada previamente. Si no pensáramos así, habría que decir que dieron rienda suelta a la mejor inspiración:

Biblia hebrea

Gn 30,22 Y recordó Dios a Raquel y la oyó Dios y abrió su vientre.

targum Neofiti

Gn 30,22 Cuatro son las llaves que están entregadas en manos del señor, señor de todos los mundos, y no se las entrega ni a un ángel ni a un serafín: la llave de la lluvia, la llave del alimento, las llaves de los sepulcros y la llave de la esterilidad. Y así la escritura explica y dice: “El señor os abrirá el buen tesoro de los cielos”. La llave del alimento, pues así explica la escritura y dice: “Abres tu mano y sacias a todos los vivientes en que complaces”. La llave de los sepulcros, pues así explica y dice la escritura: “He aquí yo abro vuestras tumbas y os levantaré de vuestros sepulcros, pueblo mío”. La llave de la esterilidad, pues así explica y dice la escritura: “Y el señor recordó a Raquel en su bondad misericordiosa y oyó el señor la voz de su oración y decidió por su palabra darle hijos.

La frase en la que se abría anunciado la capacidad de resucitar a los muertos se había tomado literalmente del libro de *Ezequiel*^{37,12} de la Biblia hebreaⁱ.

Los resucitaría, primero de todo, para que comparecieran ante él en el juicio final a que iba a someter a todo hombre y a toda mujer. Los propios redactores del *targum* que se leía en Palestina en los días de Zacarías lo advertían expresamente al explicar lo que Elohim dijo a Adán cuando los echó del paraíso y les anunció que habían dejado de ser inmortales.

ⁱ Cfr. Martínez Sáiz en *Traducciones arameas de la Biblia...*, I. Génesis, 201.

Pero lo hacían de manera paradójica: transformaban la condena –concretamente la del trabajo como esfuerzo penoso para lograr el alimento- en una situación que, tras el paso por la muerte, abocaría a la resurrección:

Biblia hebrea

Gn 3,19 Con [el] sudor de tu frente, comerás [el] pan hasta tu regresar a la tierra; porque de ella fuiste tomado; porque tú [eres] polvo y al polvo volverás.

targum Neofiti

Gn 3,19 Con [el] sudor *de delante de tu rostro*, comerás [el] pan hasta tu regresar a la tierra; porque de ella fuiste *creado*; porque tú [eres] polvo y al polvo volverás *y del polvo volverás a levantarte para dar cuenta de todo lo que hayas hecho*.

Habría, por lo tanto, una *muerte primera* y una resurrección para ser juzgados, tras lo cual quienes hubieran sido injustos se verían abocados a la *muerte segunda* y definitiva:

Biblia hebrea

Dt 33,6 Viva Rubén y no muera ni sea poca su gente.

targum Neofiti

Dt 33,6 Viva Rubén *en este mundo* y no muera *con la muerte segunda, con la que mueren los malvados en el mundo venidero, y sean sus adolescentes con los varones en número*.

Los justos, en tanto, comerán y se deleitarán con el fruto del árbol de la vida y *estarán con el señor*, quien se hallará a su vez en el trono de la gloria, precisamente en el huerto de Edén.

Estaba implícito todo esto en el desarrollo que dieron los mismos *m^eturg^eman* a la explicación de la condena de Eva y Adán conforme a las cavilaciones de exegetas y sacerdotes:

Biblia hebrea

Gn 3,22 Y dijo Ywhw Dios: “Mira, el hombre es como uno de nosotros para saber [el] bien y [el] mal y, ahora, para que no alargue su mano y tome también del árbol de la vida y coma y viva para siempre”.

targum Neofiti

Gn 3,22 Y dijo el señor Dios: “Mira, el *primer hombre que he creado es único en el mundo como yo soy único en los altos cielos. Muchas naciones surgirán de él y, de él, surgirá una nación para saber distinguir [el] bien y [el] mal. Si hubiera guardado los mandamientos de la Ley y hubiera cumplido sus ordenanzas, habría vivido y permanecido como el árbol de la vida, eternamente, y, ahora, puesto que no guardó los mandamientos de la Ley ni cumplió sus ordenanzas, he aquí que lo arrojaremos del jardín del Edén para que no alargue su mano y tome también del*

árbol de la vida y coma y viva para siempre”.

²³Y lo envió Yhwh Dios del huerto de Edén a trabajar el terreno que fue tomado de allí. ²³Y lo envió Yhwh Dios del huerto de Edén a trabajar el terreno que fue *creado* de allí.

Lo que tiene de aristotélica la ley de Moisés

Como este historiador no está en la situación de Zacarías pero es anterior al 68, no necesita recordar que se llama *Biblia* al libro sagrado de los judíos; que la Biblia se compone, a su vez, de libros; que el primero de ellos es el *Génesis* y que, en él, se lee que, tras crear al primer hombre, Dios le plantó un huerto –al este de Edén– con todo género de frutos y en cuyo centro había dos árboles muy especiales: uno era el árbol de la vida y otro era el árbol del discernimiento entre el bien y el mal. Dijo a Adán y a la primera mujer que sólo comieran del árbol de la vida; porque, si comían del otro, morirían (o sea: perderían justamente *la vida*). Y Eva y Adán comieron del segundo y fueron expulsados del huerto y murieron.

Pero lo que acabamos de leer en el *targum Neofiti* es algo muy distinto, como mínimo en el sentido de que orientaba la comprensión de ese texto en una dirección concreta: daba por sabido que es que, antes de desobedecer a Dios, Eva y Adán *guardaban los mandamientos de la Ley*. Que, por lo tanto, ya existía la Ley (y, para los judíos, no había ni hay más Ley que la que se dio a Moisés). La Ley de Moisés es, por tanto, anterior al pecado (y anterior, claro está, al propio Moisés).

No es un anacronismo advertir que esa manera de entender la Ley se acercaba no poco a lo que había escrito no lejos de Israel, en Atenas, un filósofo llamado Aristóteles trescientos años antes de que viviese Zacarías. Sólo que Aristóteles fiaba la definición de *la Ley* a la razón del hombre realmente libre, no a la –diríamos– *razón* de Dios. En el planteamiento aristotélico, la Ley era *la forma (normativa) de vida resultante del ejercicio realmente libre de la razón humana*; en el targúmico, se presenta como *la forma de vida coherente con la manera de ser del hombre querida por Dios*; forma que se ha hecho *normativa* al quedar fuera de nuestro alcance el árbol de la vida.

En ambos casos, por tanto, el primero que debe vivir conforme a la Ley es el hombre realmente libre: Ley, norma, razón en Aristóteles, coherencia constitutiva en el *targum* y libertad real coinciden, si es que no son lo mismo. En el *targum*, no obstante, la libertad real se sigue de *obedecer a Dios* –pero (no lo olvidemos) de *obedecerle* como situación originaria y *constitutiva* del hombre–; en Aristóteles, se trataba del requisito *previo* para que un hombre pudiera definir cuál era, racionalmente, la norma de vida mejor y, por tanto, la leyⁱ.

ⁱ La bibliografía sobre la ley en Aristóteles es amplísima. Lo mejor es ir directamente a Aristóteles, *Política*, por ejemplo en la edición de Pedro López Quiroga y Estela García Fernández, Tres Cantos, Istmo, 2005, 415 págs., o en la de Carlos García Gual y Aurelio Pérez Jiménez, con introducción y notas de Salvador Rus Rufino, Madrid, Tecnos, 2004, 450 págs. Un estudio comparativo con Kant y Locke principalmente, en Jeremy Waldron, *The dignity of legislation*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, cap. 5 (“Aristotle’s multitude”).

No sólo existía la ley, sino que, si el hombre *hubiera cumplido sus ordenanzas, habría vivido y permanecido como el árbol de la vida, eternamente*. Lo cual quiere decir que dejó de ser inmortal porque incumplió la Ley. Y ya me dirá usted, en ese caso, qué vínculo había entre cumplir la Ley y comer del fruto del árbol de la vida, por una parte, y, por otra, incumplir la Ley y comer del fruto del árbol que da el discernimiento entre el bien y el mal. Si Eva y Adán sabían ya que el bien era vivir conforme a la Ley, no necesitaban añadir la capacidad de discernir entre el bien y el mal: ya la tenían y persistían en una opción, la del bien.

¿Qué podía significar, en tal caso, la contraposición de los dos árboles?

No había que esperar, sino leer más adelante:

Biblia hebrea

Gn 3,24 y expulsó al hombre y puso al este del huerto de Edén los querubines y [la] llama de la espada, la que daba vueltas para guardar camino de árbol de la vida.

Targum Neofiti

Gn 3,24 y expulsó a Adán y puso al este del huerto de Edén, *desde el principio, la gloria de su morar, entre los dos querubines. Dos mil años antes de haber creado el mundo, creó la Ley. Estableció el jardín de Edén para los justos y la gehenna para los malos. Estableció el jardín de Edén para los justos, que comerán y se mantendrán con los frutos del árbol, por haber guardado los mandamientos de la Ley en este mundo y cumplido sus ordenanzas. Preparó la gehenna para los malos, parecida a una espada afilada que devora por sus dos filos. Preparó en ella dardos de fuego y carbones encendidos para los malos, para tomar venganza de ellos en el mundo venidero por no haber guardado los mandamientos de la Ley en este mundo.*

El final de la glosa –lo que sigue inmediatamente a lo que se acaba de transcribir– presenta matices distintos en otros manuscritos que acaso son más fieles –no cabe asegurarlos– a la versión targúmica que se leía en los tiempos de Zacarías:

Targum Neofiti

Gn 3,24 Porque la Ley es árbol de la vida para todo aquel que la estudia y quien guarda sus ordenanzas vive y perdura como el árbol de la vida en el mundo venidero. Buena es la Ley para quienes la cumplen en este mundo, como el fruto del árbol de la vida.

Ms. París 110 y Vaticano 440

Gn 3,24 *Ciertamente los frutos del árbol de la vida son la Ley. Todo el que la observe en este mundo vivirá y permanecerá y permanecerá como el árbol de la vida en el mundo venidero. Buena es la Ley para los que trabajan y observan los mandamientos, como los frutos del árbol de la vida en el mundo venidero.*

Es verosímil que a aquellos buenos arameoparlantes no se les instara a *estudiar* la Ley –como se lee en el código *Neofiti*–, sino simplemente a observarla, como se lee en los fragmentos que se acaba de transcribirⁱ. En ellos, la relación entre el árbol de la vida y la Ley no puede interpretarse como una mera semejanza, sino que se afirma explícitamente que la Ley *es* el fruto del árbol de la vida. Y eso no deja tener importancia; permite hacer este balance esclarecedor:

(i) La Ley es anterior incluso al hombre y a todo lo demás que Dios ha creado; (ii) en realidad, es el fruto del árbol de la vida; (iii) comer del fruto del árbol de la vida –o sea observar la Ley- ya no ha de verse, por tanto, como una condición, sino como algo que –acaso- podría considerarse como un premio: el galardón que se seguía de *guardar los mandamientos de la Ley en este mundo y cumplir sus ordenanzas*; (iv) Eva y Adán no los guardaron y, por tanto, introdujeron la muerte en su linaje, que es el conjunto de todos los hombres y todas las mujeres que han sido, son y serán; (v) ahora, *para los que trabajan y observan los mandamientos de la Ley*, la bondad de la Ley es semejante a *los frutos del árbol de la vida en el mundo venidero*; lo cual implica (vi) que quien alcance el mundo venidero seguirá alimentándose de *los frutos del árbol de la vida*. Esto es: quien observa la Ley en este mundo (vii) no escapará de *la muerte primera*, sino de *la muerte segunda*, (vi) que consiste en hundirse en la *gehenna* tras la muerte primera.

Pero es que, además, el huerto de Edén se ve ya, en el *targum*, como algo que fue, *desde el principio*, mucho más que un lugar para deleite del hombre: Dios *puso al este del huerto de Edén, desde el principio, la gloria de su morar, entre los dos querubines* (quienes, por tanto, no llegaron allí porque Eva y Adán hubieran pecado, sino que estaban ya, y lo que se añadió, tras la expulsión, fue la *llama de la espada que daba vueltas para guardar el camino del árbol de la vida* y, además, la propia *gehenna*, como lugar de destino alternativo).

Y eso que nos hemos dejado, del anterior versículo, otro detalle principal, y es que, en la Biblia hebrea, cuando explicó la nueva situación, Dios habló de sí mismo como de *nosotros* (cosa que desapareció del *targum*, muy probablemente porque podía invitar al politeísmo). ¿Por qué habla Dios de *nosotros* –al menos, tal cual vez- cuando se habla a sí mismo de sí mismo (que es lo que hizo al comentar la situación en que habían quedado Eva y Adán tras desobedecerle)?

ⁱ Y que transcribe Teresa Martínez Sáiz en *Traducciones arameas de la Biblia...*, I. Génesis, pág. 58.